Master Negative Storage Number

OCI00042.07

Historia del famoso y célebre ladrón

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 7

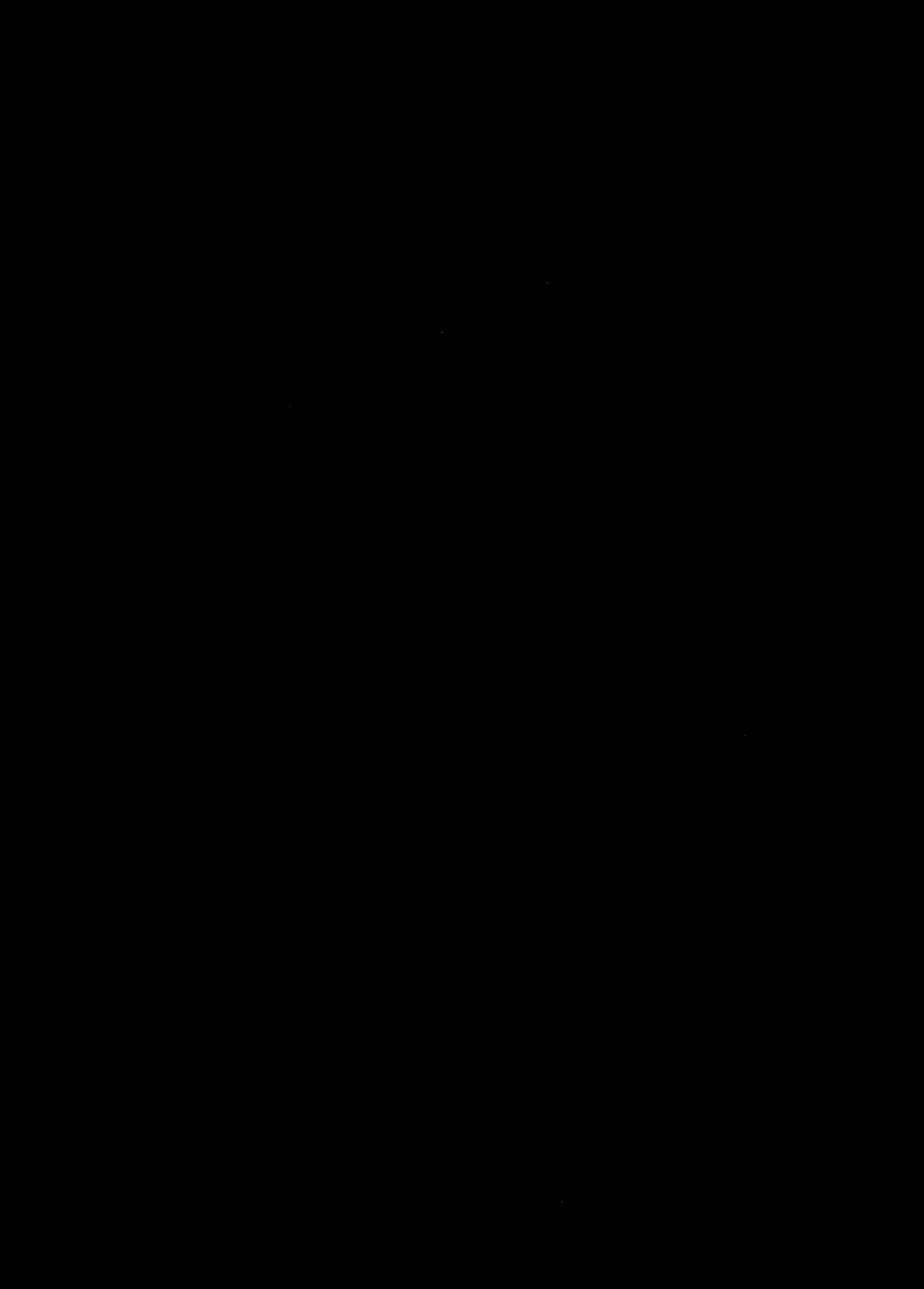
BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.07

Control Number: ADT-1597
OCLC Number : 29673842
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISFA
Title : Historia del famoso y célebre ladrón Luis Candelas Cagigal y de los bandidos principales que constituyeron su cuadrilla
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Luis Candelas.
Note : Title vignette.
Subject : Candelas y Cagigal, Luis, 1808-1839.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AR



(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA DEL FAMOSO

Y CÉLEBRE LADRÓN

LUIS CANDELAS CAGIGAL

y de los bandidos principales que constituyeron su cuadrilla.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

LUIS CANDELAS.

I.

Hay en la historia de la coronada villa de Madrid un acontecimiento tan notable, un hecho tan digno de llamar la atencion, que á pesar de haber trascurrido unos cuarenta años en que aquel tuvo lugar, aun todavía corre de boca en boca y es comentado con viva é interesante curiosidad por todos cuantos á estudiar aquel suceso se dedican.

Verdad es que motivo hay para llamar la atencion general, puesto que se trata de un célebre y famoso bandido, cuya historia está llena de los contrastes más singulares y de los accidentes más curiosos; siendo hoy objeto de acalorados comentarios, en virtud de que el mencionado ladron adquirió una popularidad inmensa, ya porque segun sus admiradores robaba á los ricos para socorrer á los pobres, ya porque nunca se tiñeron sus manos en sangre, en los golpes osados que intentaba para despojar á sus víctimas de sus alhajas y dinero.

Todo esto que ha robustecido su fama y ha conservado su memoria á pesar del trascurso del tiempo, es lo que nos obliga hoy á publicar sucintamente los hechos de este personaje, el cual no es otro que el célebre y famoso Luis Candelas Cagigal, cuya reputacion ha llegado á crecer extraordinariamente, á medida que la pasion y las preocupaciones se han ido desvaneciendo.

Luis Candelas y Cagigal fué hijo de Madrid, y sus padres, gente honrada y digna del aprecio general, le dieron una esmerada y escogida educacion. Nació en 1808, y desde luego, por las travesuras de su ingenio, por la independencia de su carácter, por la libertad de sus costumbres, se comprendió que, el desenvuelto mozo no se sujetaria de ninguna manera á la severa rigidez de la casa de sus padres.

Estos quisieron dedicarlo á estudios serios y formales, y en ellos se desarrolló la precoz inteligencia de Luis; mas

no teniendo éste carácter para sujetarse al sistema de la vida escolar, escogió el oficio de carpintero, en donde pasó el primer período de su vida, mal avenido siempre con el trabajo, que más tarde podia darle una existencia digna y decorosa.

La juventud de Luis Candelas está envuelta en el velo del misterio, puesto que sus biógrafos han escrito aquello que solo puede ser fruto de deducciones más ó menos fundadas; pero es evidente que sus inclinaciones principiaron á desarrollarse en aquella edad, su natural talento le inclinó hácia los malos instintos, y sus afecciones se extremecian con aquellos seres, que lejos de conducirle por el camino del bien, lo precipitaron por las sendas del mal. No cabe duda, que durante este período se formó el carácter de Candelas, y se aficionó á vivir de lo ajeno en contra de la voluntad de su dueño; pero tambien es cierto, que cediendo entonces á ese instinto generoso que constituye una cualidad especial en el carácter de Candelas, adquirió el sentimiento de ser compasivo para con sus víctimas, sentimiento que más que sus famosas proezas, lo elevaron á una categoría distinta de los demás *héroes* que siguieron su peligrosa y triste profesion.

Luis Candelas era despierto, de natural avisado, de penetracion no vulgar, de un valor á toda prueba y de una serenidad extraordinaria.

Sus primeras *diabluras*, si es que podemos darlas este nombre, revelaron su ingenio y su inventiva, y aunque estas nada significan en el curso de los acontecimientos de su vida, ya es un principio que indica todo un carácter y todo un personaje legendario.

Quince años tendria Luis Candelas cuando fué procesado por primera vez. Habia cometido una *pequeña falta*; esto es, habia requebrado á una mujer como de treinta y cinco años de edad, de cuyas resultas los ahorros de ésta desaparecieron, y aquí dió lugar una querella que acabó por no probar nada contra nuestro personaje. Este golpe de impunidad animó sus alientos para otras empresas por el estilo, y desde 1823 á 1830 se consagró á tener amores, á frecuentar las tabernas, á reunirse con aquellos que más tarde fueron sus cómplices y á ensayar en pequeña escala los atre-

vidos procedimientos, que luego le dieron la imponente celebridad de que el tiempo no ha podido desposeerlo.

Fué en esta época cuando Luis Candelas conoció á Mariano Balseiro, su teniente, como jefe de ladrones, y á Francisco Villena (a) *Paco el Sastre* con los demás personajes secundarios que constituyeron aquella terrible cuadrilla, que por espacio de algunos años fué el espanto de Madrid y la admiracion de España. De creer es que sea así, pues Candelas, que disfrutaba de una regular fortuna durante la vida de sus padres, todo lo gastó y disipó en vicios y francachelas luego que estos fallecieron; siendo sometido á dos procesos más, uno que se le formó en 1826 y otro en 1830, tambien por *pequeñas faltas*.

Pero estos procesos no eran sino el prólogo de los que más tarde habian de formársele, y el principio de su borrascosa existencia. Veinte y tres años tenia Candelas cuando cometió por sí y con un atrevimiento inaudito su primer robo, en una ebanistería de las más principales de Madrid.

Luis Candelas tenia un semblante agradable, sabia expresar en él toda clase de afecciones, y no parecia dar sombras especiales y significativas, que constituyen una marca que denuncia al hombre de malos antecedentes. Engañaba como se suele decir con su *carita de páscua*, y el ebanista que fué víctima de la primera tentativa, creia que Luis Candelas era poco menos que un santo. El ingenioso artista habia construido un armario de doble fondo, en donde guardaba toda su fortuna, y Candelas, con la penetracion que le distinguia, adivinó el mecanismo y el secreto, por lo que un dia en 1831, valiéndose de un formon, desfondó parte del armario, y principió á sacar el dinero que el mismo contenia. Esto lo practicaba Candelas con una prontitud extraordinaria y en los momentos en que el pobre ebanista tenia que atender á los parroquianos ó á los negocios que se le presentaban, de manera que no habia por medio sino una habitacion.

De seguro que todo el dinero del maestro, hubiera pasado por intervalos y sin advertirlo al bolsillo de Candelas; pero un peso duro se deslizó de entre los dedos de Luis, en el momento de extraerlo de su sitio, y fué á caer primero en

un tablon y despues al suelo, rodando por el cuarto. Este ruido llamó al instante la atencion del maestro, el cual entró en la habitacion donde estaba el armario, y pudo ver lo que acontecia. Como el ladron estaba presente, no habia lugar á dudas; pero Candelas que nunca perdió su serenidad aun en los trances más apretados, vió una ventana abierta y con la rapidez del pensamiento, saltó por ella y desapareció por el fondo de la calle, antes de que pudiera ser perseguido.

Este golpe atrevido y sagaz, dió á Luis Candelas una celebridad, que lejos de aminorar habia de crecer extraordinariamente. La justicia principió á hacer sus pesquisas, pero todo fué en balde, y el nombre de Candelas comenzó á pronunciarse con cierto terror, puesto que la policía de entonces no prestaba al vecindario la suficiente seguridad para verse libre de un golpe de mano. El pobre ebanista se quedó sin su dinero, si bien con el consuelo de que se le seguia al ladron una causa de rebeldía, puesto que desde el dia del robo parecia habérselo tragado la tierra.

II.

Y en efecto, ¿dónde fué á parar Luis Candelas, el atrevido y temerario jóven que principiaba su carrera con tan *felices auspicios*, despues de aquel primer golpe de la audacia? No es fácil saberlo. Sin embargo, se infiere que salió de Madrid, vagó por algunas provincias, hasta que habiendo principiado la guerra de los siete años, con la muerte de Fernando VII, se alistó como voluntario con nombre supuesto, en las banderas de doña Isabel II, y allí permaneció algun tiempo hasta que sus intentos y su mala estrella lo trajeron de nuevo á Madrid en 1834.

¿Venia conducido por sus inclinaciones? ¿Llegaba aconsejado y seducido por sus *amigos*, éntre los que figuraban no solamente los nombres funestos de Mariano Balseiro y Francisco Villena, ó sea *Paco el Sastre*, sino los de Antonio Ansó, guarda del Rastro; Ramon Ansó, Leandro Postigo, José del Campo, Juan Mérida, Josefa Castro, amiga de *Paco el Sastre* y Josefa Gomez Caro, amiga de Balseiro? ¿Existia ya por entonces esta sociedad que despues constituyó el nervio más fuerte y poderoso de la compañía de bandidos de Luis

Candelas? ¿Era ya presa el corazon de este de los famosos amores que constituyeron la dicha y la desgracia de Luis, hasta los últimos instantes de su vida? Cuestiones son estas que no se pueden resolver al pronto; pero los acontecimientos vendrán muy en breve á dar mayor colorido al verídico cuadro que vamos descubriendo, para que aparezcan por su órden todos los elementos buenos unos, fatales otros, que dicen á la vida y hechos de Luis Candelas, su carácter más enérgico y marcado.

Ya hemos dicho que á los 23 años, Luis estaba perseguido por la justicia, y lo que es más, su celebridad aumentaba á medida que se hacian más notables los acontecimientos del mismo. Cuando en 1834 llegó á Madrid, fué á parar á una célebre taberna de la calle Imperial, en donde Candelas tenia amigos y cómplices, y desde luego siguiendo sus inclinaciones, hasta á abrir una nueva campaña de atrevidas fechorías. El vicio habia echado en el hombre raices y necesitaba vivir con holgura, en medio de placeres materiales, rodeado de queridas apasionadas, y de grandes y casi perpétuas francachelas, á las que tenia una decidida aficion. Venia del Norte, mal parado de dineros, y habia necesidad de proporcionarlos á todo trance.

El tabernero se llamaba Marcos y tuvo con él una conferencia secreta.

—Es preciso que no te vean en ninguna parte,—observó este,—á fin de que tengas mayor libertad para obrar. De lo contrario te expondrás á un tropiezo.

—Descuida del todo,—contestó Candelas:—durante mi ausencia he aprendido el arte de disfrazarme de la manera que más convenga á mis intereses, y te respondo que me burlaré en las mismas barbas de la policía. Además, yo acostumbro por mí mismo á estudiar y conocer mis proyectos, y no puedo fiarme de nadie.

Luis Candelas se disfrazó aquel dia de dos ó tres maneras diferentes, de modo que el tabernero Marcos quedó realmente convencido de que era imposible conocerle bajo las diversas fases en que se presentaba.

A la noche, y á eso de las diez, Luis Candelas penetró en la taberna de la calle Imperial, y directamente subió á un cuartito que el tabernero tenia exclusivamente destinado

para los *amigos*. Nuestro héroe vestia de levita y sombrero de copa; manifestaba la presencia de *todo un caballero*, y nadíe hubiera sospechado que, bajo aquella honrada apariencia, existia el atrevido bandido cuya fama no habia disminuido á pesar de su larga ausencia de Madrid. Cuando entró en el cuartito que hemos dicho, habia en él dos hombres bebiendo tranquilamente, y cuyas figuras tenian algo de siniestro y sombrío.

Era el uno jóven, casi de la misma edad de Luis, pero su mirada, su frente estrecha, las mejillas hundidas y el fuego empañado de sus ojos, rebelaban una naturaleza depravada y tenebrosa. El otro más viejo tenia un carácter diverso, pero tambien repugnante y uraño. Sus ojos eran grandes, pero torcidos. Estos dos personajes se levantaron al ver á Candelas, pero sin conocerle, hasta que este soltó una carcajada, diciendo:

—¡Caramba! ¿Tan disfrazado estoy que no me conoceis? Vamos, ven acá, Mariano Balseiro; ven tú, Paco el sastre: miradme bien; yo soy vuestro amigo Luis.

Bastó este ligero razonamiento para que los dos célebres bandidos que hemos nombrado depusieran todo temor y abrazaran á su compañero.

—¡Demonio! cualquiera habia de conocerte con esa *levosa* y esa *chistera*,—replicó Mariano Balseiro.

—Es que desde hoy, amigos, es preciso no parecer uno lo que es, sino todo lo contrario.

Esta respuesta, por sí sola, revelaba la superioridad de ingenio y travesura de Luis, y los tres amigos se dedicaron á tratar de *negocios*.

—Yo no quiero hacer daño á nadie,—dijo Luis despues de una larga conversacion:—podemos dar grandes golpes sin derramar una gota de sangre: además, necesitamos mucho dinero, no tan solo para atender á nuestras necesidades, sino para remediar á nuestros amigos pobres que están apurados. Nuestra *profesion*, amigos, consiste en tener patrocinadores por todas partes, y esto se consigue derramando oro.

—Pero ¿dónde está ese oro?—replicó Balseiro, cuyo siniestro aspecto parecia someterse violentamente al plan de Candelas.

—El encontrarlo corre de mi cuenta, contestó Candelas.

La conversacion se hizo más íntima entre aquellos séres, y Candelas acabó por proponerles un golpe de mano que tenia proyectado en la calle de las Huertas. La viva imaginacion de nuestro protagonista despertó pronto el deseo de sus compañeros. En efecto, al dia siguiente Candelas se disfrazó de pobre y se presentó en la casa donde pensaba dar el asalto: estaban en ella solamente algunas mujeres, y fácil le fué á nuestro osado bandido sorprenderlas; mas no habiendo reparado en una muchacha de unos once años, esta pudo salir á la calle, avisar á unos salvaguardias, y cuando Candelas, cargado con los frutos de su rapiña, esperaba la llegada de sus compañeros, vióse de repente acometido por los agentes de la autoridad y sujeto, á pesar de la vigorosa resistencia que tuvo que sostener.

Cundió por Madrid la novedad de la prision de Candelas, y aunque este fué á parar á la cárcel de córte, nadie estaba tranquilo ante la osadía y temeridad de aquel hombre. En todos los círculos, en todas las tertulias, en todos los cafés, se hablaba de aquel personaje célebre, presentándolo cada cual á su manera, puesto que solo muy pocos le conocian personalmente.

Esto pasaba en 1834, y la causa *del famoso ladron*, como ya principió á llamársele en los autos judiciales, se llevó rápidamente, por lo cual recayó sentencia sobre él de diez años de presidio con retencion en el Peñon de la Gomera, debiendo llevar contínuamente una cadena, destinándole á los trabajos más penosos y amenazándole con la pena de muerte si se evadía.

Pero Luis Candelas no esperó al cumplimiento de su condena para escaparse de la accion de la justícia. Hombres de la naturaleza de nuestro hombre siempre tienen ocultos y altos protectores; y si hemos de dar crédito á la declaracion de Policarpo Martinez, compañero de prision de Candelas, este se fugó estando en Dueñas, desapareciendo como una gota de agua y volviendo á Madrid á ejercer con doble mayor fortuna el imperio de sus rapiñas y de sus atrevidos golpes de mano.

III.

La célebre taberna de la calle Imperial fué el teatro mis-

terioso donde Candelas volvió á sentar sus reales despues de haber burlado atrevidamente la accion de la justicia, y desde allí preparaba la série de atrevidos y temerarios robos que tan alta celebridad le han dado entre todos los que han tenido nombradía en tan funesta profesion. Era tenaz y persistente el carácter de nuestro hombre, y quiso luchar desde entonces contra la justicia, su eterna perseguidora. Además Candelas tenia, como hemos dicho, sentimientos generosos, y sabia repartir oportunamente el fruto de sus rapiñas entre familias pobres y necesitadas que eran otros tantos encubridores; de manera que en poco tiempo contó en Madrid con multitud de refugios donde ocultarse, dando con este motivo ocasion de reconocer la impotencia de sus perseguidores, que nunca podian saber el verdadero destino de Candelas.

Este, en aquella ocasion se encontraba sosteniendo ya consigo mismo una lucha mortal entre su corazon y su cabeza, y vamos á decir por qué. En aquella época amaba ya Luis Candelas á una linda muchacha, que ejercia la profesion de ribeteadora de zapatos y la cual dominaba en absoluto en el ánimo de nuestro hombre. La jóven Juana, (la llamamos así por respetos y consideraciones humanas, aunque su nombre era otro), habia entregado su corazon y su vida, y entre los dos jóvenes existia un cariño tan vivo y tan apasionado, que no podia ser mayor; así es que Candelas, si robaba era porque ella no careciese absolutamente de nada, y ella, por su parte, que conocia el orígen de aquellos obsequios, inclinaba el alma de Luis al camino de bien, procurando separarlo de las peligrosas sendas en que se encontraba su amante.

—Yo no quiero,—decia ella, —que me llenes de alhajas y de regalos á costa de tu vida. Tú eres primero que todo, y es preciso, si es que me quieres como tú dices, que dejes la profesion que has emprendido, que nos retiremos á una oscura boardilla donde nadie pueda robarme tu afecto y cariño, y donde no vengan á buscarte esos amigos que te precipitan cada vez más á nuevas aventuras. ¿Crees tú, Luis, que yo no sabré ganar lo bastante para que vivamos los dos tranquilamente, libre de temores y de sobresaltos? Escúchame, amigo mio, y no desprecies los consejos de tu pobre Juana.

Esta voz dulce que resonaba sin cesar en el corazon de

Candelas modificaba sus inclinaciones, pero no le era posible cortar de repente su pasada historia, y contestaba á su querida diciéndole que estaba dispuesto á abandonar el mal camino que habia emprendido; pero que era antes preciso tener una fortuna regular para vivir de la manera tranquila que ella deseaba.

Esta lucha de dos corazones amantes era cada vez más viva, y Juana no cesaba de inspirar en el pecho de Luis Candelas los más saludables consejos; pero este no podia sujetarse á los deseos de su querida, y deseoso de adquirir pronto la fortuna que él habia soñado, entró de lleno en el encadenamiento de robos que al fin y al cabo fueron su perdicion.

Despues de su fuga en 1834, la celebridad de Candelas fué inmensa, no solamente por los antecedentes que dejamos apuntados, sino por los robos caprichosos que comenzó desde entonces. Cuéntanse entre ellos varios tan llenos de astucia y de suspicacia, que no podemos menos de exponerlos á la consideracion de nuestros lectores.

Alquiló un dia Candelas un coche, poniendo como conductor á uno de sus cómplices y dentro de él introdujo á un idiota de los barrios bajos, á quien vistió de obispo. Candelas se colocó á su lado en calidad de secretario de su Ilustrísima, disfrazándose perfectamente, y de este modo se hizo llevar á una de las principales tiendas de paños de la calle Mayor. Cuando los comerciantes vieron descender al obispo le presentaron reverentemente un sillon, y el secretario, ó sea Luis Candelas, pidió diferentes telas y paños que despues del competente ajuste pasaron por medio de un paje á la caja del carruaje. Hecha una cuenta respetable, Candelas, afectó de una manera admirable que el dinero destinado á aquellas compras se habia quedado sobre la mesa del señor obispo, y suplicó á este que permaneciese en la tienda mientras él iba á escape en el coche por el dinero. Como su Reverancia quedaba en la tienda, los comerciantes no tuvieron inconveniente alguno en dejar que se llevasen los efectos, y Candelas partió con sus cómplices para no volver. El obispo, mientras tanto, se quedó dormido, y los comerciantes, viendo que el secretario no volvia, procuraron llamar la atencion del prelado acerca de la tardanza del secretario. ¡Pero cuál fué su

asombro al notar que el obispo era un tonto que no tenia n conciencia de lo que habia pasado! Entonces llamaron á la policía, pero ya era tarde. El tonto fué reconocido pero los ladrones no volvieron á parecer jamás.

Otro golpe de Luis Candelas.

Presentóse un dia vestido de lugareño rico en una de las tiendas de salchichería más concurridas de Madrid, y pidió á nombre de sus falsos convecinos multitud de embutidos, cecinas, jamones, lomos y demás efectos del establecimiento. En la puerta habia quedado un macho llevado del ronzal por un chico de catorce á diez y seis años, y á medida que iba ajustando artículos los iba haciendo depositar en los capachos de que el macho iba prevenido. Hecha la compra, Candelas sacó una bolsa de dinero para pagar, y dirigiéndose al muchacho, le dijo:

—Anda ya para abajo, que yo te alcanzaré en la calle de Toledo. Y volviéndose al salchichero, prosiguió:—Con que amigo, cuando V. quiera vamos á revisar la cuenta.

Rectificada esta, Candelas volvió á echar mano al bolso para pagar, mas en aquel instante se dió un golpe en la frente, y exclamó:

—¡Qué torpe soy! ¡Pues no se me olvidaba lo mejor!

—¿Y qué es lo mejor?—replicó el salchichero echando en su mente las cuentas de las ganancias que iba á hacer.

—Lo mejor es, algunas libras de manteca que tengo encargo de comprar.

El dueño del establecimiento se apresuró á descolgar algunas de las vejigas de manteca de cerdo y las presentó á su comprador con el deseo de mayor ganancia; mas éste, despues de haberlas examinado y olido, manifestó que dicha manteca olia á rancia, á lo que el vendedor aseguró que no era posible tal cosa, en razon á que la manteca era fresca y muy fresca. Disputaron sobre esto un poco rato hasta que el salchichero abrió una vejiga para que se convenciese el comprador

—Huela usted, le dijo este, y se convencerá de que la manteca es fresca.

—Huela usted,—replicó Candelas,—y se convencerá que la manteca es rancia.

El salchichero no tuvo inconveniente en acercar las na-

rices á la vejiga de manteca, y entonces Candelas la aplicó con tal violencia á la cara del mismo, que ojos, boca, narices, pelo y semblante lo dejó cubierto de manteca.

Cuando el salchichero pudo limpiarse los ojos y quitarse aquella máscara de grasa que le cubria, advirtió que el comprador habia desaparecido y tambien la bolsa que estaba en el mostrador para pagarle.

Este robo produjo en Madrid inmensa sensacion y como se habia llevado á cabo con una serenidad admirable y con una sagacidad de ingenio nada comun, la reputacion de Luis Candelas creció de tal modo, que no se hablaba sino de él más bien con simpatías marcadas hácia su persona que con ódio y animadversion hácia el delincuente.

Pero un tercer robo más ingenioso que los anteriores fué motivo para que la reputacion de Luis Candelas adquiriera un prestigio extraordinario. Este robo fué el de las ropas y ornamentos sagrados que llevó á efecto en un antiguo y acreditado comercio consagrado á la venta de estos efectos.

Presentóse en él un dia Luis Candelas disfrazado como un rico labrador y propietario de un pueblo de la provincia de Madrid, y manifestó al comerciante que, encargado por el cura y feligreses de la parroquia de ***, tenia el encargo de comprar un juego completo de casullas, albas y demás ornamentos sagrados para las diversas festividades del año. Al efecto, sacó una carta y una lista de lo que se le pedia por los expresados cura y feligreses, no dejando de expresar en ella la cantidad de fondos que le libraban para adquirir los referidos ornamentos. Cuando el comerciante se hizo cargo de la carta y de la honrada y bondadosa presencia del parroquiano, creyó que iba á hacer un buen negocio, y ordenó á sus dependientes que sacaran toda clase de casullas, ternos y capas pluviales que en dicha lista venian consignados. Escogió Candelas lo que mejor le pareció, que no fué poco, y siguiendo su costumbre mandó á dos criados que le acompañaban que se llevasen los efectos escogidos mientras él pagaba la cuenta al comerciante. Así se hizo, y Candelas sacó una gran bolsa para satisfacer la cuenta; pero en aquel momento se acordó de que entre las casullas escogidas no habia ninguna negra y esta era indispensable para el servicio de entierros, honras y aniversario de la parroquia. Apresuróse

el comerciante á sacar lo que el parroquiano deseaba, y este observó que aquella casulla le parecia larga.

—No lo crea usted, contestó el vendedor, está hecha á la medida general.

—Es que debo advertirle á usted que el señor cura de mi pueblo es algun tanto pequeño de cuerpo y por eso me parece larga. Mas para salir de dudas, si le parece, pruébesela usted y yo podré graduar á la vista.

El comerciante aceptó la indicacion de Candelas, y éste le colocó su alba, una estola y cíngulo, la casulla y su bonete, pues así era como debia verse el efecto. Cuando el buen comerciante estuvo vestido de aquel modo, Candelas le suplicó que se volviese de espaldas para ver si la expresada casulla tenia las proporciones que él deseaba, y entonces, cuando esto se verificó, Candelas dió media vuelta y se salió tranquilamente á la calle, no sin haber recogido la bolsa del dinero.

Un rato estuvo el comerciante esperando que el parroquiano diese su parecer; mas como este no decia una palabra, volvió la cabeza y entonces advirtió que este ya no estaba en la tienda. La idea del robo sugirió en la mente del mercader, y sin acordarse en el traje que estaba, llamó á sus dependientes, que estaban dentro de la tienda, y saltando el mostrador salió á la calle como un loco.

Cuando la gente reparó en aquel hombre vestido de alba, casulla y bonete, por tal lo tuvieron, y en vano el buen hombre gritaba y se esforzaba en manifestar que habia sido robado; la multitud principió á mofarse de él y solo al prenderle la policía fué cuando pudo aclararse el hecho y conocer el atrevido robo de que el comerciante habia sido víctima.

—Solamente Luis Candelas,—dijo un comisario de policía,—es quien puede haber hecho tal cosa.

Y en efecto, todo Madrid sabia ya á las dos horas aquel audaz golpe de mano que no solamante desprestigiaba la vigilancia de las autoridades, sino que tenia en una alarma contínua al comercio de Madrid, lográndose que la popularidad del célebre y astuto bandido adquiriera mayor reputacion entre el público siempre aficionado á lo portentoso.

IV.

Aumentaba la reputacion de Candelas la circunstancia de que jamás apelaba á los medios de la violencia y del asesinato, y esto era una circunstancia que le favorecia mucho entre cierta gente. Todos los dias se contaban nuevas y singulares proezas de Luis, el cual repartia entre sus compañeros las ganancias de la *profesion*, y reservaba para su querida Juana alguna que otra alhaja de las que sin cesar caian en sus manos.

La pobre Juana no cesaba un instante de aconsejar á Luis el abandono de su peligrosa industria; pero éste se contentaba con ofrecerla que muy pronto la dejaria, puesto que tambien le repugnaba aquella vida intranquila, pero que antes era necesario asegurar el porvenir.

—Lo que yo quisiera,—decia la enamorada Juana,—es que asegurases tu indulto y que viviéramos en paz. ¿Crees tú,—añadia aquella buena criatura,—que habia de faltarnos que comer? ¡Ah! No lo creas; porque yo, ribeteando zapatos, que es mi oficio, ganaria para los dos.

Escuchaba Candelas aquellos excelentes consejos de su jóven amiga, y más de una vez estuvo tentado á admitirlos; pero se habia acostumbrado á la vida de los placeres, á las comilonas y á las diversiones, y esto le obligó á aplazar para más tarde los sentimientos naturales de su corazon.

Rodeado de Mariano Balseiro, segundo jefe de aquella cuadrilla que se burlaba de la persecucion de la justicia; del astuto y sagaz Paco *el Sastre*, de Antonio y de Ramon Ansó, de Leandro Postigo, de José del Campo, de Juan Mérida y otros, concebia sin cesar los golpes más atrevidos en la ya conocida taberna de la calle Imperial; y desde allí, mediante las esploraciones de Josefa Gomez Caro, amiga de Balseiro, y de Josefa Castro, amiga de Paco *el Sastre*, se daban los golpes más atrevidos que podian concebirse. Aterrado estaba el vecindario de Madrid con aquella série de robos que se repetian sin cesar, y no descansó hasta que, á últimos de 1836, cayó Luis Candelas de nuevo en poder de la justicia. Pero Candelas era astuto hasta donde puede llegar la astucia, y aquella prision solo sirvió para aumentar su celebridad, puesto que, conducido en una cuerda para ir á presidio, se

escapó al llegar á Manzanares, sin que aun todavía se sepa de qué manera llegó á burlar la vigilancia de los conductores. Lo único que sobre el particular se sabe es que, cuando fué preso por última vez, en la declaracion que prestó dijo «que era cierto que se habia fugado, pero que fué porque vió »abierta la puerta del cuarto donde lo dejaron.» Esta respuesta tan vaga, que no podia satisfacer al juzgado, fué seguida de otras tan oscuras y dudosas como la primera, si bien en ellas se vé el fondo de aquel corazon, que, lejos de inclinarse al mal, lo seguia por hábito, más bien que por vicio.

Copiaremos sus propias palabras para que se comprenda lo que era aquel hombre, que aun no está estudiado todavía.

Vuelto á ser interrogado por el juez acerca de que se le habia amenazado con pena de muerte si se escapaba, respondió que no lo recordaba, porque la satisfaccion que tuvo al saber que no le quitaban la vida le impresionó vivamente y no podia dar razon de sí mismo.

Luego continuó:

—Tan luego como me ví libre regresé á Madrid, en donde llegué el 23 de Enero (1837). Dormí dos noches en casa de un antiguo compañero llamado Antonio, «de quien no pue»do dar más señas ni sé dónde vive.» En seguida, mi tia Ramona Cagigal me llamó, y con los ojos arrasados en lágrimas, me entregó 6.000 rs. que tenia guardados en el fondo de un baul.

La voz de Candelas se conmovió al explicar este último detalle; pues el dulce recuerdo de la familia y la memoria de sus honrados padres, le hicieron comprender cuán errado era el camino que hasta allí habia seguido en el momento en que ya no le era dado retroceder.

Por consiguiente, queda demostrado que Luis Candelas burló de nuevo la vigilancia de la justicia, y que volvió á Madrid, teatro de sus célebres hazañas, á últimos de Enero de 1837.

Insistió con este motivo la cariñosa Juana en separar á Candelas del mal camino que habia emprendido; pero éste indicó un nuevo plazo para tomar una resolucion definitiva, puesto que, como él decia, «queria hacer conocer su poder á »todos sus perseguidores.»

Fiel á este fatal pensamiento, verificó entonces, con una rapidez extraordinaria y una astucia singular, los famosos robos que, á la par que fueron un nuevo motivo para aumentar su celebridad, fueron la verdadera causa que levantó el patíbulo de Luis Candelas. Hagámonos cargo de estos sucesos, los más notables de la vida de este hombre desgraciado.

Desde el 23 al 28 de Enero de 1837, concibió Candelas, auxiliado por las confidencias de Josefa Gomez y Josefa Castro, un robo de suma importancia, y este robo tuvo lugar en el referido dia 28, cuando apenas se sabia en Madrid la fuga de Luis verificada en Manzanares. En aquella madrugada se habia madurado el plan en la taberna de la calle Imperial, y de ella salieron, no solamente nuestro protagonista, sino Mariano Balseiro, Paco *el Sastre* y demás miembros de la cuadrilla, con direccion á la calle de Preciados, en donde en el núm. 57, cuarto bajo, vivia el presbítero D. Juan Bautista Tárraga con su ama doña Joaquina Ginés de Almansa. Pasaba este presbítero por hombre de dinero, y Candelas y su cuadrilla debian esperar á que saliese la criada del mismo á la compra, en cuyo caso, por medio de una ganzúa, se abriria la puerta y se entraria en la habitacion.

A las siete de la mañana dió aviso Josefa Castro que la referida criada acababa de salir á la compra, y como la mañana era fria y estaba cubierta de niebla, Candelas y su cuadrilla pudo con suma facilidad abrir la puerta del cuarto del presbítero Tárraga, el cual estaba en la cama muy ageno de la sorpresa que le esperaba. Una vez dentro los ladrones, parte fueron al cuarto del ama y parte á la habitacion del presbítero, el cual pronto se vió rodeado de dos hombres que poniéndole los puñales al pecho le exigieron el dinero y las alhajas que poseyera.

Balseiro, que era el que peores sentimientos tenia, afianzó al presbítero por la garganta, y como este se vió casi ahogado, dijo que sobre la mesa de la habitacion estaban las llaves, como así era en efecto. Inmediatamente sujetaron al presbítero con cuerdas, le taparon la boca para que no gritara y trajeron al ama tambien atada y desmayada, la cual cubrieron con los colchones de la cama de D. Juan. Hechas estas operaciones sintióse la cerradura de la calle, lo cual

significaba que la criada volvia de la compra, y como esta estaba agena de lo que estaba pasando en su casa, al entrar en la cocina fué sorprendida por dos ladrones los cuales la sujetaron y llevaron á la alcoba del amo. Dueños ya de la situacion de un modo completo, Candelas aseguró á las víctimas que no se les haria daño alguno con tal de que entregasen los cubiertos, alhajas y el dinero, á lo cual hubo que acceder para libertarse de la situacion en que se encontraba.

El saqueo duró más de hora y media y los ladrones pudieron marcharse tranquilamente luego que consumaron del todo aquel atrevido golpe de mano. Cuando D. Juan Bautista Tárraga pudo dar el grito de *ladrones*, ya era tarde. Los vecinos, la justicia y los curiosos invadieron la casa, pero solo vieron el resultado de aquel lance en las cómodas destrozadas y la situacion de los tres habitantes de aquel cuarto atados y casi sofocados con el peso de los colchones.

Cundió rápidamente la noticia por todo Madrid, aumentando la alarma en que vivia el vecindario, y creciendo con esto la reputacion de Luis Candelas, puesto que nadie podia dudar que semejantes sucesos eran dirigidos por aquel hombre tan osado como temerario. Los periódicos hablaron largamente del robo; pero este debia de quedar oscurecido por otro que en los primeros dias de Febrero tuvo lugar en la calle de Segovia, y el cual por las circunstancias especiales que le acompañaron, merece que nos ocupemos de él con algun detenimiento.

V.

Vivia en el número 10 de la calle de Segovia un antiguo espartero llamado Cipriano Bustos, el cual habia sabido labrarse con su comercio una fortuna envidiable. Era el proveedor de todos los tragineros que acudian á Madrid, y su tienda estaba por lo regular casi siempre muy concurrida de compradores. Pues bien, á eso de las ocho á ocho y media de la mañana del 9 de Febrero, se presentaron en la casa del referido espartero dos hombres embozados en sus capotes de campesinos y pidieron unas lias que necesitaban, las cuales ajustaron, dejando en señal 10 rs., diciendo que regresarian por ellas al dia siguiente. Estos campesinos,

que no eran otros sino dos ladrones de la cuadrilla de Luis Candelas, se marcharon y uno de ellos se presentó al inmediato dia en la tienda de Cipriano Bustos en la ocasion que solo habia en ella un sobrino de este y preguntó si su compañero habia ido ya por las lias, cuya señal dejara el dia anterior. Contestado por el sobrino de que no se habia presentado nadie, el campesino replicó que volveria pronto por ellas puesto que tenia que salir de Madrid al siguiente dia; pero una vez alejado de aquel sitio se dirigió á la taberna de la calle Imperial, que era el cuartel general de los bandidos de Candelas, y allí dió una explicacion de la configuracion de la tienda y demás habitaciones que habia podido ver durante el tiempo que hubo estado en ella.

Informado Candelas de todo esto, pronto acudió á su fecunda imaginacion el modo de consumar el robo y repartió los papeles que á cada cual correspondia representar en aquel drama. Este drama estaba urdido del modo siguiente:

Serian las nueve de la noche del dia 10 de Febrero cuando el honrado Cipriano Bustos, que acababa de cerrar su tienda, se disponia á sentarse con su familia á la mesa para cenar, cuando llamaron por dos ó tres veces á la puerta; salió el sobrino á ver quién era el que llamaba y entonces vió á los dos campesinos que el dia anterior habian ajustado las lias.

—Venimos,—dijeron estos,—á llevarnos nuestra compra y á pagar la cuenta de la misma.

Ante semejantes razones, no tuvo el sobrino reparo en dejar que entraran en la tienda los dos parroquianos; pero cuando estos principiaron á contar las lias, un grupo de paisanos armados, dirigidos por uno que llevaba gorra de cuartel y levita de miliciano nacional, penetraron de repente en la tienda procurando los últimos cerrar la puerta para que la gente que pasaba por la calle no se apercibiese de lo que allí ocurria.

El hombre de la levita y de la gorra de cuartel, que no era otro sino Luis Candelas, se dirigió al sobrino y á Cipriano Bustos que habian acudido al ruido, y les dijo con cierto tono de autoridad:

—Acaban de entrar en esta tienda dos hombres disfraza-

dos que no son otra cosa sino pícaros realistas, y tengo órden de prenderlos.

Los falsos campesinos, adiestrados perfectamente en su papel, se habian metido en las habitaciones interiores como si huyeran, y Cipriano Bustos declaró que los que habian entrado en la tienda eran unos compradores de lías y que se las iban á llevar en aquel momento.

—Pues esos son los que nosotros buscamos,—insistió Candelas;—y haciendo una señal á la gente, esta penetró en el interior de la casa mientras él y dos de los ladrones quedaban en la puerta para guardarla. Fácil es comprender lo que sucederia inmediatamente. La gente avisada, en vez de apoderarse de los falsos realistas, se arrojó sobre la familia de Cipriano Bustos sujetándola inmediatamente.

Entonces Candelas varió de aspecto, y poniendo una mano sobre el asombrado espartero que no se daba cuenta de lo que pasaba en su casa, le dijo con aquel tono medio suspicaz y medio chancero que constituia su carácter:

—Vamos, amigo: nosotros necesitamos 16.000 duros redondos.

El aterrado Cipriano Bustos comprendió inmediatamente el lazo en que habia caido, y aunque no perdió su serenidad, no pudo menos de contestar:

—Pero señores, ¿cómo quereis que un artesano de mi condicion pueda tener esa cantidad?

Pero Candelas sabia perfectamente lo que pedia, y no ignoraba que además del dinero que Bustos tenia suyo, era depositario de otras cantidades y alhajas y por consiguiente no era exajerada la peticion.

Quiso de nuevo replicar el espartero; pero Balseiro, que siempre apelaba á sus instintos sanguinarios para conseguir de sus víctimas lo que deseaba, le dijo que si no entregaba el dinero le degollaría, para lo cual lo ató de piés y manos con la prontitud y habilidad con que él sabia hacer las cosas. Dueños ya de la situacion y de toda la familia de Bustos, los ladrones apelaron á las barras, limas, navajas y ganzúas de que iban provistos, y en poco tiempo se hicieron dueños del oro y billetes del espartero, añadiendo á la expoliacion una corona de plata de una vírgen y otra gran multitud de alhajas y objetos, valor que no pertenecia al buen artesano.

Mientras esto sucedia, uno de los ladrones se habia empeñado en cortarle la lengua á Cipriano Bustos, pero otro le tapó la boca con su faja para que no hablara.

Consumado el robo sin que nadie de la parte exterior pudiera apercibirse del suceso, Luis Candelas dispuso la retirada yéndose todos á una habitacion en donde debian depositarse los efectos robados, pasando en seguida á una buñolería donde celebraron alegremente el feliz resultado de su empresa. Hora y media duró el saqueo en casa de Cipriano Bustos, y cuando este y su familia se apercibieron de que los ladrones se habian marchado, principiaron á pedir socorro, pero socorro tardío. Acudieron los serenos, los alcaldes de barrio y sucesivamente las demás autoridades; pero nada se pudo conseguir respecto de la captura de los ladrones, puesto que todos ellos estaban disfrazados. Sin embargo, nadie dudó de que aquel robo tan sagazmente dirigido, estaba dispuesto por el famoso Luis Candelas, y Madrid entero, que al dia siguiente se hizo cargo de lo ocurrido en la calle de Segovia, atribuyó á él aquel suceso que aumentó el terror de todas las familias de la capital

Porque á la verdad, ¿cómo precaverse de unos bandidos que se valian de los medios menos sospechosos para conseguir sus fines? ¿Cómo defenderse de un hombre que cada cual pintaba y describía á su manera, de un hombre que tomaba todas las formas, que usaba de buena educacion y buen lenguaje cuando convenia; que sabia disfrazarse de todos modos, y en una palabra, que sabia engañar y cautivar á las personas que caian en sus redes? Naturalmente, la inquietud del vecindario de Madrid era cada vez mayor, no solamente por la rapidez con que se multiplicaban los robos, sino porque la justicia parecia impotente ante la actitud y sagacidad de los bandidos; pero al mismo tiempo que el desasosiego era cada vez mayor, no faltaba entre las masas populares admiradores de Luis Candelas, puesto que hay hombres que tienen el privilegio de excitar el entusiasmo de la multitud.

Luis Candelas pertenecia á esta categoría y tenia un gran público que lo disculpaba y que aplaudia su talento y suspicacia. Hablaban de él como de un personaje legendario, y muchas gentes se hacian eco de su generosidad y buen corazon. Sabian de familias indigentes y necesitadas que habian

sido socorridas largamente por el bandido, y se contaban rasgos de humanidad que hubieran honrado á hombres de otra condicion; de manera que el temor de los unos se compensaba con la admiracion de los otros, creciendo ambos sentimientos á medida que Candelas daba una prueba prodigiosa de su incansable actividad. Así es que vivo estaba en el espíritu público el efecto del robo ejecutado en casa de Cipriano Bustos, cuando otro suceso, el más ruidoso, el más célebre y el que más contribuyó á la perdicion de Candelas, vino á producir inmensa sensacion por todas partes.

Este suceso fué el robo ejecutado en casa de doña Vicenta Mormin, modista de la reina doña Isabel II.

Tiempo hacia que Luis Candelas tenia meditado este atrevido golpe de mano, y al efecto contaba con Nicolás Fernandez, criado de la doña Vicenta y á quien habia conocido en la cárcel, en una época en que estuvo preso con él. Dispuesto á llevar adelante su empresa, sabedor por el Nicolás, á dónde guardaba la modista sus alhajas y dinero, quiso á los dos dias de consumado el robo de la calle de Segovia, verificar el que acabamos de decir.

Vivia la doña Vicenta Mormin, en la calle del Cármen, número 12, cuarto principal, y el 12 de Febrero por la tarde, en el momento en que la modista se hallaba dando algunas órdenes á su criada María Rodriguez, llamaron á la puerta, salió á abrir el criado Nicolás Fernandez, que se habia constituido en cómplice de Candelas, y poco despues entró anunciando á un correo francés que venia de parte del correo Esgaris del mismo país. Tenia la doña Vicenta una hija en Francia, de quien siempre estaba ansiando tener noticias, y esto fué lo bastante para que al momento diese órden de que pasase el correo que le anunciaba. El criado volvió á cumplimentar lo dispuesto por su señora, y en seguida se presentaron dos hombres, el uno vestido de coronel y el otro con chaqueta ajustada, pantalon blanco y sombrero de copa, como un correo de gabinete.

Luis Candelas, que no era otro que el fingido militar, saludó con la mayor finura á la modista, y en seguida le preguntó con entera sangre fria y serenidad, si conocia al correo francés Esgaris: replicó doña Vicenta que sí, añadiendo que era un íntimo amigo suyo, y entonces Candelas volvió á

interrogar de si era cierto que tenia una hija en Francia. Creyó la modista que iba á recibir noticias de esta, y aunque no dejaba de extrañar la especie de interrogatorio que se le estaba haciendo, respondió con viveza, que esperaba con ansiedad noticias de aquella hija querida; mas Candelas variando de tono, lanzó á la modista una mirada de reconvencion y dijo de repente:

—Usted comprenderá, señora, que al poner los piés en su casa, no vengo por mi expresa voluntad. Se sabe que vive con usted un caballero, y esto, unido á sus relaciones con el correo Esgaris, han dado orígen á ciertas sospechas. Por consiguiente, traigo el penoso encargo de registrar la correspondencia que usted y el caballero que hay en su casa han sostenido con el dicho correo Esgaris.

Al escuchar estas palabras, lejos doña Vicenta de asustarse, conservó toda su serenidad, y mirando á Candelas que procuraba conservar toda su audacia y sangre fria, replicó:

—Está perfectamente, señor mio; pero, ¿quién le manda á V. á semejante comision?

—El jefe político.

Entonces doña Vicenta, con ánimo varonil, declaró que sin la presencia del alcalde no podia registrarse su casa, y llamando á su criado Nicolás, pidió pluma y papel para dar aviso á la autoridad. Mas el hombre de la chaqueta apretada y el sombrero de copa, que no era otro sino Mariano Balseiro, se acercó á la modista, y le hizo observar con un tono grosero de que era inútil semejante medida, por cuanto doce hombres guardaban la escalera.

—Aunque haya veinticuatro,—replicó la varonil doña Vicenta.

Entró mientras tanto Nicolás Fernandez recado de escribir y la modista trazó en un papel algunos rápidos renglones; pero Balseiro se arrojó sobre ella, la sujetó tapándola la boca con un pañuelo, mientras Luis Candelas cerraba las maderas de los balcones que caian á la calle de la Salud. Entonces entraron en la casa algunos otros cómplices, quedando sujeta la criada María Rodriguez y Nicolás Fernandez; pero este último fué una farsa, puesto que este habia sido el cómplice principal de aquella empresa.

Sujeta doña Vicenta, esta pidió que le destapasen la boca y no gritaria. Accediendo Candelas con la mayor urbanidad á esta peticion. Pidió además que le pusiesen una almohada debajo de la cabeza, y el mismo Candelas la complació, pero á trueque de las llaves de las cómodas, cofres y armarios.

Entonces, con el órden que Luis Candelas tenia establecido en esta clase de robos, principió á extraer todo el dinero y joyas de la modista, dándose la particularidad que durante el robo, llamaron varias personas á la casa. Seguros los ladrones de la impunidad, abrian tranquilamente á los que venian á ver á doña Vicenta, pero en seguida eran atadas y conducidas al cuarto donde estaba dicha señora. Hora y media duró el robo, y ya de noche, cuando los ladrones cargados de riquezas, se alejaron de aquella casa que habia de ser la última en donde el atrevido Luis Candelas habia de ejercer su peligrosa profesion, fué cuando la modista de la reina pudo avisar á los vecinos, y estos á la autoridad que acudió presurosa para ver tan solo el cuadro desolador que presentaba la casa de doña Vicenta Mormin. Instantáneamente, la alarma cundió por todo Madrid, pues aquel robo con las circunstacias especiales que le acompañaron, era bastante para llevar el espanto y el terror á todas partes.

VI.

Era imposible consentir por más tiempo que la capital de España estuviera á merced del más bravo, á la par que temerario bandido, que de algun tiempo á aquella parte registraba los anales del crímen; y en la misma noche en que el robo escandaloso de la modista de la reina se comentaba en todos los sitios públicos de Madrid, las autoridades se pusieron de acuerdo para no consentir que se repitiesen tan audaces golpes de fortuna. Desde aquel momento principió la más activa persecucion contra los ladrones que formaban la cuadrilla de Luis Candelas; todos los sitios en que estos tenian el seguro de la impunidad, fueron cuidadosamente registrados, y como Candelas era poco conocido, resultó que prendieron á muchos individuos creyendo que era él.

Pronto conoció éste que el robo de la Doña Vicenta era

la causa de la activa persecucion que se le hacia; pues el espanto de los vecinos de Madrid crecia á proporcion que el héroe de aquellos sucesos no era encontrado por la justicia, y hubo casos de cerrar la puertas de las casas, no consintiendo abrir ni á las personas más conocidas, temiendo, que bajo la apariencia de un amigo, se ocultase el famoso Candelas.

Ante la persecucion de las autoridades, la cuadrilla de Candelas tuvo que diseminarse, lo cual dió por resultado al fin, el que Mariano Balseiro cayese en poder de la justicia, así como Paco el Sastre y otros varios individuos de la misma. Cuando Candelas vió este resultado, se escondió en la casa donde vivia la desdichada Juana, su amante, creyendo que allí estaría seguro, y Juana no tuvo inconveniente en prestarle hospitalidad, sin advertir que ella se hacia cómplice y encubridora de un criminal perseguido por la justicia.

Candelas habia escuchado siempre con cariño á la pobre Juana, pero en aquella ocasion principió á sentir remordimiento por su pasada vida, y casi se sintió arrastrado por los nobles sentimientos de aquella mujer. ¿Pero cuándo era esto? Cuando todos los agentes de policía y todos los sabuesos de la justicia andaban en su busca.

El dia que supo la prision de Balseiro y de sus otros compañeros sintió que desmayaba su espíritu, y manifestó á Juana que era preciso abandonar á Madrid. Esta se opuso á aquella resolucion; pero Candelas ejercia sobre ella una influencia extraordinaria, y no solamente la convenció sino que la hizo que ella le siguiera.

Ahora bien, ¿á dónde estuvo Candelas con su querida Juana durante el mes de Abril, Mayo y parte de Junio? ¿Estuvo realmente en Astúrias? Si hemos de creer la narracion que él hizo ante el juez de primera instancia de Madrid en la segunda inquisitiva que se tomó, y que consta en su causa, resulta que Luis Candelas al salir de Madrid el 25 ó 26 de Marzo se dirigió á Elche, en donde era poseedor de una casa que le habia correspondido por herencia materna.

Sin embargo, como las declaraciones de Luis Candelas tendian siempre á desorientar á sus jueces, hay que dudar de la veracidad del anterior relato y atenerse á los hechos, que son en este caso los más exactos y elocuentes.

El 17 de Julio de dicho año de 1837 Luis Candelas estaba con su querida Juana en los alrededores de Olmedo, cuando supo por un amigo, de los muchos que él tenia en todas partes para evitar la persecucion de la justicia, que en aquella villa de Castilla la Vieja se acababan de apercibir de que estaba en las inmediaciones. Como la celebridad de Candelas era general, cundió el espanto entre aquellos sencillos habitantes, y reunióse la Milicia Nacional, creyendo que un enemigo más peligroso que los carlistas se encontraba á las puertas de la poblacion. En casos de esta naturaleza suele haber más confusion que órden; pero un sargento de dicha Milicia Nacional, llamado Félix Martin, más avisado que los demás, quiso saber á qué atenerse, y al efecto se dirigió á la casa del postillon de diligencias, que habia llegado de Madrid, y supo por éste que en el camino se habia encontrado con un hombre montado en una jaca en compañía de una mujer jóven y bonita. Con estos antecedentes fuése el referido Félix Martin á ver al comandante de armas, y dándole parte de lo que ocurria, éste dispuso que saliera al punto un piquete de seis lanceros.

Esto ocurria ya bien entrada la noche: era ésta oscura y tempestuosa: vivos relámpagos rasgaban el espesor de las nubes, y el agua caia á intervalos, segun la fuerza del viento y la direccion del chubasco. Como Candelas habia tenido el aviso de que lo perseguian, quedó á un lado del camino con la temblorosa Juana: ésta lloraba y suplicaba á su amante; pero éste estaba decidido á jugar su vida hasta lo último. Cuando ambos sostenian aquella lucha del amor y del sentimiento, sintieron por lo largo del camino que los seis lanceros de Olmedo avanzaban á todo el correr de sus caballos; pero Luis y Juana se escondieron detrás de unas piedras, y por esta circunstancia no fueron vistos por sus perseguidores

Entonces, cuando hubo pasado el peligro, Luis suplicó á Juana que lo dejase entregado á su suerte; pero ésta se opuso á aquella determinacion: con todo, la hizo ver que, para mejor escapar, convenia el separarse; la dijo que ella se dirigiese á casa del amigo de Olmedo, en la que encontraria proteccion; que recogiese los cofres, que debian estar en Valladolid, y que, una vez salvado de aquellas críticas

circunstancias, se reunirian lo más pronto posible. Críticos eran los momentos y atendibles las razones; pero Juana se resistió, y de esta manera, llenos de agua y aturdidos por la tormenta, llegaron á la venta de Alcazaren. Posada encontró Luis Candelas en aquel punto; y cuando éste se disponia á pasar allí la noche, sin pensar en otra cosa que en su querida Juana, sintiéronse en la puerta las pisadas de dos caballos: eran de dos lanceros que acababan de llegar á aquel punto.

El peligro era desde entonces tan inmediato, que no habia más remedio que tomar un partido. Candelas asió del brazo á su idolatrada Juana, la estrechó sobre su corazon, y la suplicó de nuevo que huyese á Olmedo, á la casa del amigo que allí tenia. En aquel terrible extremo no habia más remedio que seguir los consejos de Luis, y Juana huyó...

Los lanceros mientras tanto se apoderaban de Luis Candelas, el cual quiso fingir que era un caballero y que ignoraba los motivos de su prision; mas los soldados no se dejaron engañar y lo condujeron á Valdestillas, que era el punto jurisdiccional de la Venta de Alcazaren. Allí le interrogaron y dijo llamarse D. Leon Cañidas, presentando el pasaporte de que ya hemos hecho referencia. Pero presentóse el ordinario de Avila, y este repuso como testigo que conocia muy bien á Luis Candelas, y que el D. Leon Cañidas no era otro sino él.

Despues fué conducido á Olmedo y allí se valió de uno de sus muchos ardides para extraviar la opinion de sus jueces.

De Olmedo fué trasladado á Valladolid, y allí insistió llamarse D. Leon Cañidas; negó todo cuanto anteriormente habia negado, y añadió que desconocia por completo los robos que se habian cometido en Madrid. Sin embargo, un testigo presencial de aquellos sucesos nos ha referido que, cuando se encontraba en su calabozo, se entregaba á profundas melancolías, y se le arrancaban del pecho largos suspiros que en vano queria contener. A veces fué sorprendido enjugándose los ojos. Pero todo tenia que estar en contra de aquel célebre personaje que habia llegado á conseguir una popularidad inmensa. Policarpo Martinez, como hemos dicho anteriormente, declaró que aquel hombre era Candelas: esto mismo manifestó D. Modesto Cortázar, regente á la sazon

de la audiencia de Valladolid, puesto que lo habian procesado hallándose de paso en Madrid, y no faltaron otros que dieran pormenores de los últimos actos de su vida. En vista de esto, las autoridades acordaron ampliar la declaracion del reo, y el 29 de Julio declaró, al fin, que él era Luis Candelas y Cagigal, de oficio carpintero, natural de Madrid y de veintinueve años de edad. Esto fué bastante para que el jefe político de Valladolid lo remitiese á la capital de España suficientemente escoltado, para que allí cayese sobre él la accion de los tribunales.

VII.

La noticia de que Candelas iba al fin á ser conducido preso á Madrid produjo una sensacion inmensa en el público, y este se dió cita en la puerta de San Vicente la tarde que habia de llegar á la capital.

Cuando Candelas fué conducido á la presencia del juez de primera instancia que habia de entender en su causa, se presentó bien vestido, con un aspecto agradable y con modales finos y escogidos. Parecia mentira que aquel hombre fuera el terror de la sociedad madrileña. Interrogado detenidamente, contestó refiriendo sus aventuras durante el tiempo que habia estado fuera de Madrid, hasta que fué preso en la venta de Alcazaren; sin embargo, deseando salvar á su querida Juana, no la mezcló en nada en aquellos acontecimientos; pero el juez se la recordó, á lo que Luis Candelas replicó diciendo que solo la conocia de haberla visto en la cárcel y que no habia viajado con ella. El desgraciado creia que la salvaba de este modo. Interrogado por último acerca de los robos cometidos en las casas de D. Juan Bautista Tárraga, Cipriano Bustos y doña Vicenta Mormin, contestó lacónicamente manifestando, «que no habiendo estado en Madrid en las fechas en que aquellos robos se verificaron, era imposible que él hubiera tenido parte en ellos.» Pero el 27 de Agosto se mandó por auto judicial formar rueda de presos para que los robados y testigos reconociesen á Candelas. En efecto, la esposa de Cipriano designó al infortunado Luis como uno de los ladrones que estuvieron robando en su casa: esto mismo sucedió con la criada de doña Vicenta Mormin y doña Ana Martinez de Vera, quienes señalaron tambien á Candelas

como uno de los que robaron á la modista de la reina. Por tres veces se repitió esta operacion, y siempre señalaron á Luis. El juez, entonces, le acusó de nuevo, pero él negó rotundamente, diciendo, que siendo baja su estatura y corriendo su filiacion por todas partes, era claro que habian de señalarle sin otras pruebas: mas el juez le hizo ver que aunque su observacion fuera cierta, le acusaban más que nada varios objetos pertenecientes á doña Vicenta Mormin que se habian encontrado en el baul que le sorprendieron en las inmediaciones de Valladolid.

La causa continuó sus trámites con extraordinaria rapidez y el fiscal en la acusacion pidió la última pena para Candelas.

En vano su abogado defensor D. José Juan Navarro, pidió la absolucion de la pena de muerte; en vano hizo ver que su defendido no habia derramado una gota de sangre humana; en vano indicó que no era perversion de carácter, sino hábito de mala educacion, la vida tempestuosa de Candelas; en vano apeló á los servicios que este habia prestado á la Reina en el tiempo que estuvo en la guerra: todo fué inútil, hasta no pocas poderosas influencias que se cruzaron para salvar á aquel hombre, que abrumado por la desgracia habia llegado á hacerse simpático de los vecinos de Madrid. El 17 de Octubre se verificó audiencia pública á la que acudió un inmenso gentío, y en ella el juez que entendia en la causa de Luis Candelas, pronunció auto definitivo condenándole á la pena de muerte en garrote vil y al pago de las costas, devolviendo á doña Vicenta Mormin, á Cipriano Bustos y á D. Juan Bautista Tárraga, los efectos que se hallaron en poder del acusado.

El proceso fué en seguida remitido á la superioridad, y el 3 de Noviembre vióse este en segunda instancia y cuya sentencia definitiva habia de causar ejecutoria.

La audiencia terminó al fin recayendo sentencia definitiva, por la que se condenaba á Luis Candelas á sufrir la pena de muerte en garrote vil. A seguida, el escribano del crímen pasó á la inmediata cárcel de Córte, y puesto de rodillas Luis Candelas, se le notificó la sentencia que escuchó con extraordinaria serenidad. Esto sucedia á las diez y media de la mañana, de manera que un cuarto de hora despues entraba en la capilla. Dos pensamientos reinaban en aquel ins-

tante en aquel corazon desgraciado: era uno despedirse de la pobre Juana, presa tambien en la misma cárcel de Córte, y era otro pedir indulto á S. M. la Reina. Para Candelas pudo más el cariño que profesaba á su amada, que el amor á su propia vida. Pidió papel y pluma y expresó la más dulce y cariñosa despedida á la mujer que se habia sacrificado por él y que habia querido en mil ocasiones arrancarlo del abismo de la perdicion. Despues dirigió á la Reina Gobernadora una peticion que revelaba la doble personalidad de Candelas, esto es, el hombre criminal y el hombre de buenos sentimientos.

Este sentido escrito, que era la última esperanza de aquel hombre, fué á poder de la Reina Gobernadora; pero la fuerza de la ley y de la opinion pesaba más que el sentimiento de la real clemencia, y desde luego el infeliz Candelas esperó en vano. Su pensamiento vivo y penetrante, luchaba en aquellas horas de extraordinaria angustia, ya con la esperanza, ya con el dolor: le turbaba el recuerdo de lo pasado, pero tenia la energía de su carácter.

El dia 5 de Noviembre estuvo lleno de esperanzas; creia en el indulto, pero á medida que fueron pasando las horas, y cuando llegó la noche, su alma se cubrió de una negra melancolia.

Es indudable que Luis Candelas sentia entonces con toda su alma no haber seguido los consejos de Juana, pero ya era tarde.

Durante la noche estuvo tranquilo: cenó parcamente; dictó sus últimas disposiciones y quiso descansar. ¿Durmió? Nadie sabe lo que pasó en aquellas tristes horas en el interior de Candelas. A las tres de la mañana estaba despierto y se sentó en el banquillo. Desde aquella hora no le dejaron un instante. Candelas se reconcilió, oyó misa y comulgó con devocion. Cuando le fué servido un pequeño refrigerio, dijo:

—No quisiera acordarme de ella, pero es imposible.

En Noviembre las mañanas son tardías: el sol, el último sol de su vida, alumbró por fin las ventanas de la capilla. ¿Qué dijo, qué hizo Candelas en aquellos instantes? Cubrirse con la resignacion más completa y reconcentrar su valor para no dar muestras de debilidad. Llegaban hasta él los rumores del pueblo que acudia presuroso á verlo salir de la cárcel y

seguirlo ha sta el patíbulo. A las once, las tropas, los escribanos, los hermanos de la Paz y de la Caridad, todos los que tenian que asistir al fúnebre cumplimiento de la ley estaban en la puerta.

El verdugo, segun costumbre, puso al delincuente la hopa de los ajusticiados, que entonces era amarilla, y le pidió perdon. Candelas quiso abrazarlo pero no pudo.

Cuando Candelas se presentó en la puerta de la cárcel, su mirada era serena y expresiva, miraba á todas partes, y era necesario llamarle la atencion sobre la estampa que llevaba en sus manos. Candelas no desmintió un instante su serenidad durante la carrera. Al llegar al pié del cadalso, tendió la vista en derredor y subió lentamente las escaleras del patíbulo. Una vez en lo alto, él se dirigió sin esfuerzo al fatal banquillo y allí hizo su última protesta de fé y de arrepentimiento; pero cuando el ejecutor de la justicia fué á colocarle la argolla, suplicó que suspendiera por breves intantes aquella operacion, porque deseaba dirigir la palabra al pueblo que tenia delante.

—Deseo dar una satisfaccion á todas esas personas que están mirándome y señalándome con el dedo.

Concedido el permiso de lo que pedia, dijo con voz clara y sonora, que se oyó por todas partes·

—He sido pecador como hombre, pero nunca se mancharon mis manos con la sangre de mis semejantes. Digo esto, porque me oye *El* que vá á recibirme en sus brazos. Adios, patria mia, sé feliz!

Este último pensamiento consagrado á la patria era una despedida general. Entonces las lágrimas se agolparon á sus ojos, pero el verdugo no le dió tiempo para más. El sacerdote que le asistia rezó el Credo, y el célebre, el desdichado Luis Candelas, aquel hombre cuya fama subsiste todavía, dejó de existir. La compasion general del pueblo acompañó en su último suspiro.

Tal fué el término de la vida del famoso bandido Luis Candelas.

CONCLUSION.

La infeliz Juana, ya dijimos que presa por juzgarla culpable, estuvo encerrada en un calabozo de la cárcel de Córte durante el proceso de su amante.

Entre tanto siguió su proceso: el fiscal pidió para ella un año de galeras: su defensor pidió la absolucion; mas elevada la causa á la superioridad, fué sentenciada á cuatro años de reclusion por juzgarla el tribunal cómplice y auxiliadora de Candelas.

Su defensor pidió confirmacion de la instancia.

Los dias pasaban, las confirmaciones de la sentencia se sucedian, y Balseiro continuaba encerrado en su calabozo.

Respecto á Josefa Gomez Caro, atendidas las circunstancias de haberse fugado de las cárceles de Valladolid, haber conducido á Oviedo un baulito con prendas pertenecientes á doña Vicenta Mormin, y haber declarado varias personas que gastaba el dinero con una abundancia incomprensible, fué condenada en primera instancia á seis años de galera, en esta córte.

Las sentencias de todos se recopilaron en la definitiva.

A pesar de estos procedimientos judiciales, que fueron tan lentos como rápidos habian sido los de Candelas, Balseiro, cuya astucia era extraordinaria, pudo evadirse de una manera inaudita de la cárcel de Córte en la noche del 21 de Marzo de 1839, y Paco el Sastre, que tambien estaba condenado á muerte, se escapó al dia siguiente.

Entonces principió otra série de crímenes, siendo el principal, el más escandaloso y notable, el robo cometido en los dos hijos de D. Manuel Gaviria.

Una vez los criminales en poder de la justicia, ésta activó el proceso, y los dos delincuentes fueron sentenciados á muerte, la cual se cumplió el 20 de Junio de 1839, ó sea un año, ocho meses y catorce dias despues de Candelas.

La pobre Juana fué al fin indultada, y vivió en la oscuridad, siempre acordándose de su infeliz amante. Los dema cómplices de Candelas murieron en el presidio.

FIN.